



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

ATEA

CALLADA HIBRISA

por **MARINA ROVNER**

Atea

Se había establecido como costumbre que los sábados toda la familia pasara la tarde en el club. Lo más divertido era jugar al ping-pong con su primo pero como él estaba enfermo, seguro se iba a morir de aburrimiento. Cuando le comunicó a su mamá que no quería ir, para castigarla la mandó a estudiar piano. Esa penitencia no tenía sentido. “Obligarme a hacer algo que me gusta? Raro”, pensó. De todos modos, en tren de pelear, la enfrentó. Le molestaba mucho que implementara una reprimenda solamente porque ella prefería quedarse en casa.

Otra vez lo mismo con sus padres: parecía que no alcanzaba con que se exasperara uno solo: al escuchar la discusión, su papá se sumó y la retó también. “Siempre enojados por algo, obvio que no voy a querer ir».

Aún cuando intentaran convencerla la decisión estaba tomada, imposible volver atrás. No es que estuviera segura, es que no quería parecer débil.

Apenas se fueron, se puso a llorar. Sintió que la habían dejado sola en el departamento. Se dirigió al piano, levantó la tapa lentamente y lo fue desnudando como a ella misma. Cerró los ojos dejándose envolver por una sinfonía de azules. Sus aguas estaban bravas y Sofía aprovechó para chapotear sobre las olas con su cuerpo. Improvisó melodías mientras estimulaba al instrumento para que propusiera ritmos. Jugaron sin tiempo. Los sonidos se hicieron cada vez más fuertes. La voz del canto se había convertido casi en gritos. Más y más. Entre ambos habían inundado todo el departamento de cosquillas. No querían parar.

Al dar vuelta el taburete, le provocó miedo el silencio. Se había convertido en algo pesado. Tal vez tendría suerte y sus padres regresarían porque se habrían olvidado algo. Pensó: “Si Dios existe, vuelven” y esperó. No retornaron. Le dio más tiempo a la religión para que le diera una señal. Nada. “Yo sé que no es un pedido para salvar el mundo, pero si Dios no me ayuda en algo que para mí es importante, cuándo podría demostrarme su presencia?” Ese día verificó que iba a ser atea.

La duda acerca de la existencia de Dios, se le había aparecido por primera vez a los ocho años. Estaba en el baño y no podía hacer caca. Siempre le había costado. Sola dentro de ese lugar tan pequeño. Hacía calor. La cola le dolía de hacer tanta fuerza. No salía nada. “Dios, si existís, ayudame”. Nada. Otro día sin ir al baño y el comienzo de una vida sin creencias sólidas.

Ahora, sin Dios ni padres que la observaran, de pronto Sofía se sintió libre. No tenía permitido salir, pero sabía dónde estaba la llave por si surgía alguna urgencia. Se le vino a la mente el chico que atendía el kiosco de la vuelta. Recordó cómo una vez la había mirado con esos ojitos que ya había aprendido a codificar. De repente, las ansias de comer un chocolate encajaron perfecto en la lista de urgencias. Se cambió unas cuantas veces de ropa hasta que optó por un vestido cortito.

-Hola!

-Hola.

-Tenés algún chocolate rico para mí?

El chico se sonrió.

-Son todos ricos.

-Me ayudas?

-Cuál te gusta?

Su mente se le puso en blanco. Odiaba cuando le pasaba eso. Le estaría preguntando con doble sentido?

Se habría dado cuenta de que él le gustaba? No podía contestarle «vos». Lo miró asustada.

-No sé, además no tengo plata.

Ahora sí se había metido en un embrollo. Cómo disimular que su único propósito había sido que él la mirara como la otra vez. Se sentía muy lejos de esa posibilidad. Por favor, que alguien la ayudara a salir de esta situación! Dios estás?

Luego de un silencio incómodo de miles de segundos, él se sonrió.

Con un gesto de la mano le hizo una seña para que se acerque. Fue más cerca. Ahí se dio cuenta de que él debía ser algo mayor que ella.

-Si me das un beso te lo regalo.

Sofía se puso colorada y la panza le empezó a doler. Por suerte se acordó de que tenía que estudiar piano.

-Tengo que volver a mi casa.

Cuando abrió la puerta sintió la necesidad de que alguien la protegiera. Se abalanzó sobre el piano con una energía descomunal. Entre truenos y tempestades ambos navegaron surcando tremendas olas de acordes furiosos que salpicaban sus dedos. Llegado el atardecer los vientos calmaron. Sofía extenuada y con su cuerpo todavía húmedo, dejó caer sus brazos y su cabeza sobre las teclas sintiendo cómo el redoble de sus latidos se fusionaba con la respiración vibrante del ambiente. Se sabía viva. Lo que ella no podía saber es que algunas de esas sensaciones quedarían impregnadas en su piel aún pasados muchos años.

Callada Hibrisa

Callada. Apartada de la gente, Hibrisa era catalogada como una joven tímida.

Tal vez por conveniencia ella aceptaba esa etiqueta mientras permanecía sola, disfrutando del grado de libertad que se desvanecía cuando debía atenerse a las normas que arbitrariamente le imponía la sociedad. La diferencia entre integrarse a un grupo y la de disponer de su espacio personal era abismal. La exposición social, porque era una exposición, constaba de tremendos sacrificios por quedar bien y aparentar interés aceptando puntos de vista que no la representaban. La gente pretendía que se comportara como era debido. Qué ingrata la certeza de que no importa lo que hiciera, de todas formas sería criticada. Las personas no eran buenas, se metían con ella, por qué lo hacían? Qué desagradable tener que sentir en la calle otro cuerpo pegado a veces empujando. En la escuela los profesores se creían con derecho a opinar y sus compañeros se mostraban ansiosos por enterarse de lo que no les importaba. “Qué te pasó que llegaste tarde?” “De verdad no te gusta nadie?”

Últimamente le provocaba retorcijones cuando subía a un transporte público. Qué hacía si tenía que ir al baño en el trayecto a la escuela y justo estaba arriba del colectivo? Y si estaba lleno y le faltaba el aire? La solución consistía en ir caminando lo más rápido posible.

Tener que entablar conversaciones con otra gente era como rendir un examen al cual se presentaba sin haber estudiado.

Con su familia tampoco estaba a salvo. No dejaban de criticarla. Había mamado la tensión en el ambiente desde que se acordaba. El sentarse a la mesa consistía en que no la tomaran en cuenta y si algún comentario aparecía, adquiriría la forma de corrección.

Sólo un lugar era habitable: el encuentro con ella misma donde reinaba la pasión del desenfreno.

Amanecía tocándose y agradeciendo a su cuerpo tanta receptibilidad. No conocía los límites para disfrutar de sí, ni de las fantasías que recorrían su alma generando maravillosas sensaciones indómitas.

Acariciarse le agitaba la respiración y en ese aceleramiento mezclado de urgencias, le producía un poco de temor escuchar los latidos de su corazón. Le sobrevendría un ataque cardíaco?

Sus padres viajaron por el fin de semana.

Hibrisa temerosa, fue circulando por los diversos recovecos de la casa oliendo las huellas de sus padres. No le gustaba quedarse en un espacio en donde desaparecían las reglas cuando los dueños, los que imponían las normas, no estaban. De repente los objetos podían ser tocados y utilizados sin miradas controladoras. Era demasiado. Encendió la tele en la sala de estar para escuchar algo familiar y se dirigió a su cuarto. No podía conciliar el sueño porque percibía ruidos. Se acercó a la puerta de entrada y constató que del lado de afuera había una figura en movimiento. Con temor observó unos ojos chispeantes que resaltaban. Provenían de un hombre que se inclinaba hacia los costados efectuando un movimiento pendular.

Contrajo sus músculos y sintiéndose atada aceptó su incapacidad de defenderse y se sentó a esperar. El tipo tardaba en entrar. Se le ocurrió llamar a la policía pero no sabía cuán efectivo podía ser esa comunicación. Además se pondría nerviosa al intentar explicar la dirección de su casa. Lo descartó. Afuera, el hombre seguía con su movimiento lateral pero no avanzaba. Y si no era real? Tal vez Hibrisa se lo había inventado. Si fuera así tendría que encontrar algún recurso que la ayudara a desembarazarse de él.

Sostuvo la respiración para bucear en su emoción: miedo. El opuesto del miedo: valentía. Otro sentimiento? Que estaba siendo víctima. El opuesto de víctima: convertirse en agresora.

Invocó al laberinto de su mente para que le ayudara a materializar los opuestos. Sondeó sus músculos que permanecían tensos y se concentró en ensancharlos, fortificarlos. Una vez tonificados, necesitó de una piel fuerte que no fuera fácil de abrir ni lastimarse. Entre los demás fluidos internos identificó a su sangre hirviendo por el esfuerzo. Tal vez tenía temperatura y era eso lo que le estaba generando el enrojecimiento de sus ojos y el salivar por la comisura de su boca. Los labios le ardían. Parecía que las muelas de juicio aceleraban su proceso de crecimiento.

“Voy a ser loba, loba mala”

Entonces empezó a danzar. Era la danza del sueño de los lobos. En círculos comenzó a desplazarse con sus extremidades a través de pasos torpes. El baile se fue consolidando. Rítmicamente reconoció el movimiento adecuado y cantó “loba mala, mala loba, loba mala, mala loba, loba mala, mala loba” hasta que se sintió aullar desde el fondo de las tripas y se mareó. En un estado de semi vigilia y con la dificultad propia del entorno que se le movía, continuó el ritual tanto tiempo como fue necesario. Rodeada de penumbra, bailó cantando su canción. Cuando estuvo absolutamente segura de que la metamorfosis no tenía vuelta atrás, abriendo sus grandes fauces agresivas, salió.

Llena de gozo experimentó su triunfo al notar la sensación temerosa del hombre teñida de espanto.

© **MARINA ROVNER**
marina1rovner@gmail.com